

Escrituras migrantes*

Armando Gnisci

El primer festival europeo de escritores migrantes (celebrado en Roma en junio de 2002) se llamó *Lettere Migranti e Diaspore Europee*; un título que proviene de una lejana sabiduría literaria. De la idea de la *humanitas* grecolatina y precristiana. De nuestra “antigüedad europea”. Por “sabiduría literaria” no me refiero en absoluto a la vanidosa erudición de mis colegas académicos o a la verbosidad a menudo insulsa de los patriarcas antiacadémicos, de los que Italia está llena; al contrario, sostengo que se trata de ese incesante aprender a ser literato/a, no solo leyendo novelas, cuentos y poemas, sino también estudiando (lo que significa leer el Fausto, pero también las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, Platón, Cusano y Derrida, la *Commedia* y también el *Convivio*, y los ensayos sobre Dante de Auerbach, Asin Palacios, Lucrecio, Horacio y Filodemo de Gadara, Pessoa, Auden y Steiner...); esta educación-paideia *tiende al mejorarse en lo humano*, como quería Brodskij, y a *enseñar a ser humano mejor*. Una especie de maestría en el *mejoramiento de lo humano* —maestría = ser maestro en el aprender (saber-investigación) y en el enseñar (ética-política)— que recuerda a lo que Dante denominó el “transhumanar”. El supremo florentino, cuya cabeza aparece ahora en las monedas de dos euros, sostiene que “trasumanar significar per verba / non si poria...”, porque tal transhumanar sucede en el momento en el que ve a “Beatrice tutta nell’etterne rote / fissa...”. Tras ocho siglos, nosotros, literatos europeos-italicos, hemos superado al supremo poeta cristiano: transhumanamos y enseñamos a hacerlo por vía estética, hermenéutica, poética, crítica y política, sin necesidad alguna de dioses y vírgenes. Como se hacía en los huertos de Filodemo de Gadara, en Herculano.

Es esta la sabiduría literaria de la que estoy hablando: nada más, pero tampoco nada menos. Estoy bastante seguro. He tardado una vida en llegar a pisar esta vía, aprendiendo de dónde vengo, dónde me encuentro ahora y hacia dónde estoy caminando.

En los últimos tiempos, algunos escritores extranjeros en Italia que escriben en italiano han mostrado su desacuerdo —justo— con el hecho de ser encasillados dentro de la incómoda etiqueta de los “escritores inmigrantes” e, incluso, también en el cajón solo aparentemente más amplio de los “escritores migrantes”; al fin y al cabo, ambas denominaciones son, a su modo de ver, equivalentes y sinónimas.

* Cita recomendada: Gnisci, A. (2010). “Escrituras migrantes” [artículo en línea] *Extravío. Revista electrónica de literatura comparada*, núm. 5. Universitat de València [Fecha de consulta: dd/mm/aa] <<http://www.uv.es/extravio>> ISSN: 1886-4902.

He participado en esta discusión de manera claramente conflictiva. Yo aprendo si trabajo con los demás; trabajar con los demás significa: hacer una obra común con alguien sin el cual no hubiera sido posible ni siquiera imaginarla; o aprendo en el conflicto. Las medias tintas son juegos de poder, de conveniencia, de negocios, de congreso, chatear *on line*. Aprovecho, por lo tanto, la ocasión de la organización del festival-encuentro —con alemanes, suizos, austriacos e italianos— para poner un poco de orden en mis ideas que, obviamente, nacen y crecen de los enfrentamientos. Veamos, entonces, cuáles son algunas de las cuestiones.

Escritores migrantes e inmigrantes que escriben

Para mí, y para muchos otros escritores y estudiosos en todo el mundo, los escritores migrantes son aquellos que cambian de vida y de lengua, que se pasean por el tiempo y por el espacio, que traspasan los mundos. Aquellos que *hacen aumentar la presencia de lo literario en el mundo y creolizan los lugares en los que se detienen*. Los escritores migrantes, como afirmo en *Il rovescio del giocco* (1992), son los mejores de nuestra época. Basta pensar en los premios nobel de los últimos decenios: de Soyinka a Gordimer, de Brodskij a Walcott, y hasta Naipaul (aunque este último no me guste). Y escritores migrantes y creoles son Rushdie y Kundera, Kureishi y Dakeyo, Glissant y Ngugi wa Thiong’o. Pero también Javier Marías —a mi parecer, el mejor narrador europeo actual; basta pensar, en lo que al aspecto migratorio se refiere, en el entrecruzamiento de su biografía con textos como *Todas las almas*, o *La negra espalda del tiempo*, e incluso, *Corazón tan blanco*— o Calvino, todos ellos son migrantes. La migración (como dice Sandra Clementina Ammendola, escritora argentina “retornada” a Italia) es una perdurable condición de tránsito dentro de la que escribir adquiere y dispensa un *sentido añadido* porque se sitúa y nos sitúa a la cabeza del mundo en el que vivimos (las cuatro generaciones que actualmente habitamos el planeta). El escritor migrante, también el que no escribe sobre migración, sabe todo esto y lo tiene como poética, como tema común, como piedra angular y, al mismo tiempo, como escollo del mundo en el que vivimos (véase Rushdie, Kureishi y Walcott). Estas son las ideas que voy proponiendo y afinando públicamente desde hace más de diez años. ¿Los “escritores puros y nuevos” tienen miedo de estar entre los *migrant writers*? ¿O su miedo proviene del *deber ser un escritor migrante en Italia*, donde los escritores de la migración reconocidos son, por una parte, Luigi Meneghello y Carmine Abate, y por otra, algún raro y poco conocido escritor “extranjero”?

Entre los “escritores migrantes” se encuentran también —por fuerza de la misma definición— aquellos migrantes que escriben testimonios sobre el propio tema migratorio, alguna fábula, algún cuento, algún poemita dominical, como todos los aspirantes a escritores del mundo, que son millones. Algunos revelan, incluso, algo de talento. En esto tiene plenamente razón Julio Monteiro Martins (escritor brasileño en Italia): es la migración la que los convierte en escritores.

Después sucede que la industria editorial se da cuenta y lanza a alguno de ellos que obtiene más o menos éxito comercial, como ha hecho recientemente Bompiani con Tawfik y Feltrinelli con Gangbo. Si estos señores escriben (o se les escribe) en italiano, alguien debe al menos interceptar el fenómeno y seguirlo con atención, aunque sea por la novedad que esto supone. Es lo que yo he intentado hacer desde el inicio del propio fenómeno (1991) aunque —y esta es la cuestión— no como italianista, sino como estudioso mundialista de la literatura. Volvamos a nuestros escritores: si son observados desde el punto de vista de los italianos/italianistas, serán denominados y concebidos como “escritores *immigrantes*”. Si se tiene, sin embargo, un interés y una praxis mundialista, estos aparecerán como la manifestación local de los *migrant writers*. Si después, entre los escritores migrantes/“inmigrantes” se pone en evidencia un verdadero escritor, todos estaremos contentos —yo me intereso con gratitud por todos, y con preferencia y dedicación solo por los verdaderos— si, por el contrario, se trata solo de casos humanos, continuaremos registrándolos con paciencia (como llevamos haciendo desde hace años junto a Franca Sinopoli —quien también estudia y dialoga con aquellos que tienen cosas importantes que proponer en lo literario— en la base de datos BASILI¹ y con la revista *Kúma. Creolizzare l'Europa*²). De todas maneras, ser un escritor migrante les situará a todos —buenos o circunstanciales— en la vanguardia del transhumanar, aunque sea por poco tiempo, por casi nada, por un instante, para desaparecer enseguida. ¡Lamento que sea tan poco!

Los varios Tamaro, Baricco, Busi, De Crescenzo, Bevilacqua, De Carlo, Albinati, etc., incluso si son traducidos al japonés y fuera de Italia venden 200.000 copias de sus novelas... incluso antes de estar en las librerías, son, irremediablemente, “escritores italianos contemporáneos”. Así que, calma.

Mainstream versus migrantes

Los escritores migrantes quieren ser aceptados en el *mainstream*, pero no se dan cuenta de que ser un verdadero escritor migrante significa *¡estar a la cabeza del mainstream de nuestro tiempo!* Junto a muchos otros escritores locales, es cierto, que tienen el talento suficiente como para ser reconocidos también como aquellos que se mueven en los primeros puestos del transhumanar de la especie. Para todos, migrantes y locales, sin embargo, es importante la calidad estética y política, el mundo que explican, la poética que les impulsa y la *location*: el Caribe para Carpentier, Glissant, Maryse Condé, Jamaica Kincaid y Walcott; el exilio para Brodskij o Soljenitsin, Soyinka y Ngugi; el ser blanca en África y ser una escritora africana, para Gordimer; el ser negra y nobel en EE.UU. para Toni Morrison, etc. El énfasis en la universalidad resulta ridículo en el siglo XXI (estaba bien en 1827, para Goethe); hoy solo es

¹ Disponible en <http://www.disp.let.uniroma1.it/basili2001/>

² Disponible en www.disp.let.uniroma1.it/kuma/kuma.html

tolerable en las lecciones universitarias de alguna momia, en los salones literarios de los VIP a lo Sgarbi³, entre los focolares... o en los chats en los que todos han sido grandes escritores y críticos desde que tenían quince años y ahora yacen incomprendidos como *aspirantes universales*.

Descolonización mental y diáspora europea

Acerca de la descolonización que los europeos deben hacer de sí mismos para hacerse responsables de la historia que han impuesto al mundo desde hace cinco siglos, y acerca de esta descolonización como misión de los literatos, yo mismo he escrito y pienso y escribo y cambio de parecer desde 1992. Una posibilidad que me han concedido, no tanto mis viajes, sino más bien todos aquellos con los que me he ido encontrando, todos aquellos que han viajado y han llegado a Italia desde diferentes mundos.

La concepción de las “diásporas europeas”, sin embargo, es muy reciente. Diáspora quiere decir diseminación: dispersión, pero, al mismo tiempo, también inseminación. De otras partes y de cualquier lugar nacerán los nuevos frutos migrantes. Las “otras partes” y los “lugares cualquiera” que nos conciernen a nosotros los europeos (*Noialtri europei* es el título de un libro que escribí en 1991) son los tránsitos de los migrantes entre diferentes países de Europa (Conrad, pero también Carmine Abate, Elvira Dones, Jarmila Ockayová), de los viajes de los europeos hacia todos los mundos (Nabokov, Singer, Chatwin, pero también Pascal D’Angelo) y, finalmente, de los que han llegado a Europa procedentes de todos los mundos (H. James, Rushdie, Bianciotti, Cortázar, Sepúlveda, y también Julio Monteiro Martins, Cristiana de Caldas Brito y Yousef Wakkas).

Esta definición “tridentina” (en el sentido de tridente) de los tránsitos diaspóricos puede ser útil como instrumento para instalar un orden mental, pero también para combatir mejor el eurocentrismo y para comenzar a discutir sobre una responsabilidad europea específica, que es además inter-mundial.

Esta es la poética crítica que inspiró, por ejemplo, el primer festival europeo de escritores migrantes al que nos referíamos al principio.

La migración es la actividad primordial y transhumana de nuestra especie. Primordiales son todas las actividades que han supuesto y fundado un progreso respecto a la condición de la simple evolución biológica: ir de caza, cocinar los alimentos, cubrirse contra el frío, enterrar a los muertos, etc. Transhumanar quiere decir *aventurarse*, decidiéndolo, liberando y rescindiendo las condiciones de la relación estacionaria. Aventurarse significa ir al encuentro de

³ Vittorio Sgarbi es un personaje peculiar de la cultura italiana actual: es licenciado en filosofía y crítico de arte, aunque su popularidad actual se debe a su carrera política y, sobre todo, a su actuación como tertuliano polemista en diferentes programas de televisión.

las cosas que vienen del futuro: quiere decir descubrir que el futuro está más allá de las colinas, siempre más allá. Así, el humano ha migrado desde África hacia todas las tierras continentales y a través de los océanos. Aventura viene de nuestro latín *ad ventura*: ir hacia las cosas que vienen a buscarnos desde el futuro.

Quien escribe en la condición de la aventura humana es un escritor migrante. Pero hay gente letrada que se avergüenza del nombre; lo considera degradante y harapiento. Como se avergüenza uno de ser negro, de ser de origen plebeyo, de ser pobre. Un extraño déficit de dignidad que, a veces, es superado con una estúpida imagen de moda, la metáfora del sujeto-nómada. Nómada no quiere decir nada, es solo una máscara intelectual para proteger al yo-obeso y angustiado de quien sueña sobre el estiércol cultural de Occidente.

Yo, por ejemplo, soy un escritor migrante. Vine del sudeste al noroeste, cambié de residencia. Me gusta viajar y ser huésped. Nunca me detengo sobre una misma posición, sino que me aventuro siempre a otra, sobre todo después de haber escuchado y aprendido de los otros. Me enfado y lucho contra los idiotas y los ogros que nos circundan. Estoy de parte de quien ha renunciado al poder y lo combate. De parte de quien sufre y es oprimido por el que ostenta el poder. Soy un exiliado en mi patria. Censurado, ignorado, ofendido, incluso por parte de los escritores que se avergüenzan de que se les llame migrantes, o de los mediocres que dicen que son amigos de los inmigrantes. Soy un anarquista paradójico dentro de la academia de la que formo parte⁴. Traduzco poesía y la escribo en ocasiones. En Brasil o en África, o en Japón, estoy mejor que aquí. Me aburro, aunque hago mil cosas. Me muevo, me muevo siempre. Me he cambiado a mí mismo; el primero de todos mis cambios es que he ido más allá de mi generación, así como mis hijas han ido ya mucho más allá que yo, a través de mí. Entre mis padres y yo existe la misma diferencia, mental y ética, que entre las personas pequeño-burguesas de finales del siglo XIX y un literato anarquista que se descoloniza del ser europeo y es invitado a exponer sus ideas en China y en Brasil. De este modo, entre otros, se desarrolla mi migración. Yo intento estar de la parte de Glissant y Walcott, de Ngugu y Galeano, con mis amigos, Roberto Fernández Retamar de La Habana o Magdi Yuseff de El Cairo. Los escritores puros y universales no me interesan para nada. Que floten en la ceguera de su absurda y lujosa pobreza de espíritu.

Después de este episodio discursivo de auto-elogio, volvamos a la cuestión de nuestro título. Hago, finalmente, una nueva propuesta: apaguemos el foco que ilumina a los escritores migrantes y centremos toda nuestra atención en los textos y en sus valores. Propongo llamar

⁴ En noviembre del año 2010, Armando Gnisci decidió abandonar esta academia voluntariamente mediante una jubilación anticipada. Las razones de su abandono se explican en la siguiente entrevista publicada en *Il Giornale di Lettere e filosofia.it*: <http://www.lettere e filosofia.it/2010/10/intervista-al-prof-armando-gnisci/>

Letras migrantes al “movimiento” de escritores (narradores, poetas, filósofos, ensayistas, historiadores, antropólogos, sociólogos) que atraviesan el mundo a la cabeza del transhumanar de la especie. Nosotros los europeos debemos proponer el concepto de las *Letras* en el diálogo entre los mundos como el sentido y el emblema de la tradición euro-mediterránea: la de Cicerón y Horacio, la de Lucrecio, Virgilio y Filodemo de Gadara, herederos de los griegos. *Humanae Litterae*.

Estas *Letras* deberían significar también el llegar al encuentro de un lugar, un acercamiento al humanismo extremo a través del transhumanar y a un más allá que se extiende *autoproponiéndose*. Ningún significado de origen marcado, ni tampoco de una esencia controlada, de una “raza menor”, de un gueto editorial: el de los inmigrantes (migrantes, para quien quiera ser políticamente correcto) que escriben. Hacia las *Letras humanas* tendemos, nos educamos, las reclamamos. Nadie es extranjero ajeno y extraño en nuestra compañía de ventura. Somos otros de otros, y todos juntos en camino.

P.D. Entre los escritores procedentes de dos de las tres diásporas (la interna europea y la proveniente del mundo del sudeste hacia la Europa occidental) hay grandes diferencias, estéticas y políticas. Los primeros piensan en la Unión Europea como una posible y nueva “super-identidad” comunitaria (muy poco realista, aunque parezca *casi* tangible); los segundos, lejos de los “escritores universales”, ponen de manifiesto más bien la difícil y temible “acogida” a los extranjeros que *nosotros*, los “euro”, venimos demostrando. El camino que debemos recorrer es todavía más largo. El camino hacia la feliz cultura de la convivencia, que imaginamos en los espíritus, y con cuya nostalgia venimos al mundo. Tal vez los únicos ciudadanos europeos verdaderos sean los integrantes de la comunidad *romaní*, el pueblo que se ha definido como una nación sin territorio, sin Estado y sin guerra. Humanos en marcha desde el pasado a los que hemos vuelto invisibles y parias, obligándolos además a ser y a aparecer como nómadas, los extremos en la *degradación étnica* impuesta, sosteniendo que estos fuesen, por naturaleza y esencia, parias vagabundos degradados y extremos, ejemplares; parias a los que se debe castigar, cazar, obligar a vivir en el fango, en las calles de los “campamentos”. El *rom* empieza hoy a mostrarle al europeo cómo hemos construido la historia para él y para todos los demás (en este caso sí uni-versal, con un solo verso, el occidental): una historia desafortunada. Rica solo para nosotros.

En fin

Me obstino a seguir hablando de escritores y letras migrantes porque en Italia y en Europa, desde los años setenta del siglo pasado, está produciéndose una gran migración. Definir el fenómeno literario de los escritores migrantes (escritores inmigrantes, escritores extranjeros que escriben en italiano, escritores emergentes, escritores con doble mirada, etc.) significa situarse

en la *verdad* (o en la *incomodidad*) de la definición. Lo que hacemos, sin embargo, sin conciencia crítica suficiente, es considerar a los migrantes en general y a los escritores extranjeros en cuanto a “inmigrantes” en nuestra tierra (Abdelmalek Sayad, con su magistral libro sobre la doble ausencia, *La double absence. Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*, 1999, no ha hecho suficiente escuela todavía en Italia como para pensar bien los términos mismos de una “ciencia de la migración”), es decir, como “intrusos” dentro de nuestro cuerpo-patria, o incluso, desde el punto de vista de la *necesidad* de clasificaciones dentro de la “ciencia literaria” europea.

Los escritores (y las letras) migrantes suponen el nombre que corresponde a la edad en la que vivimos todos juntos en el mundo de hoy. Se me podrá objetar que dentro de 20 o 120 años este nombre no valdrá. Respondo: pues por eso mismo. Es más, justamente esa es su verdad. Porque aquello sobre lo que pienso y gracias a lo que opero es el fin, el método y la poética de *Creolizzare l'Europa*. Y la migración, con sus *Letras* en el corazón, constituye el centro y el camino de dicha empresa.